

# **Sobre las reuniones de oración**

Charles Henry MACKINTOSH

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - El estado personal de los que oran . . . . .</b>	<b>3</b>
<b>2 - De acuerdo. Nada de fatalismo. Tener necesidades . . . . .</b>	<b>6</b>
<b>3 - La fe. Precisión, sin longura. Importunidad . . . . .</b>	<b>8</b>
<b>4. Fervor (renacimiento). La perseverancia. Orar siempre y no cansarse</b>	<b>12</b>

Al considerar un tema tan importante como la oración, dos cosas reclaman nuestra atención: **primero**, la base moral de la oración; **segundo**, sus condiciones morales.

## 1 - El estado personal de los que oran

La Escritura presenta el fundamento moral de la oración con palabras como estas: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis, y os será concedido» (Juan 15:7). Y también: «Amados, si nuestro corazón no nos condena, confianza tenemos para con Dios; 22 y todo cuanto pidamos lo recibimos de él; porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que es agradable ante él» (1 Juan 3:21-22). Asimismo, cuando Pablo pide las oraciones de los santos, expone la base moral de su petición, diciendo: «Orad por nosotros, porque estamos seguros de tener buena conciencia, deseando conducirnos bien en todas las cosas» (Hebr. 13:18).

De estos y otros pasajes de igual importancia, aprendemos que para que la oración sea eficaz, el corazón debe ser obediente, la mente recta, la conciencia buena. Si el alma no está en comunión con Dios, si no permanece en Cristo, si no se rige por sus santos mandamientos, si el ojo no es sencillo, ¿cómo podríamos esperar respuestas a nuestras oraciones? Seríamos de esas personas de las que habla el apóstol Santiago, que piden y no reciben, porque piden mal, para gastarlo en su propia voluptuosidad (4:2-3). ¿Cómo podría Dios, como Padre santo, conceder tales peticiones?

Qué necesario es, pues, que nos fijemos seriamente en la base sobre la que presentamos nuestras oraciones. ¿Cómo podría el apóstol haber pedido a los hermanos que oraran por él, si no hubiera tenido una buena conciencia, una mirada sencilla, un corazón recto, la convicción interior de que en todas las cosas deseaba realmente vivir honestamente? Esto habría sido imposible. Decimos fácilmente: “Acuérdate de mí en tus oraciones”, y seguramente nada puede ser más precioso que ser llevado en el corazón de los queridos hijos de Dios cuando se acercan al trono de las misericordias; pero ¿prestamos suficiente atención a la base moral de nuestras peticiones? Cuando decimos: “Hermanos, rogad por nosotros”, ¿podemos añadir, como en presencia de Aquel que escudriña los corazones, «porque estamos seguros de tener buena conciencia, deseando conducirnos bien en todas las cosas»? Y cuando nosotros mismos nos postramos ante el trono de la gracia, ¿es con un corazón que no nos condena, un corazón recto y una mirada sencilla; un alma que verdaderamente permanece en Cristo y guarda sus mandamientos?

Estas, querido lector, son cuestiones serias y de gran calado; llegan hasta las raíces y los resortes morales de nuestro ser. Pero es bueno que nuestros corazones sean sondeados profundamente con respecto a todas las cosas, y especialmente con respecto a la oración. Hay mucha falta de realidad en nuestras oraciones, una triste ausencia de la base moral, mucho: «Pedís mal» ([Sant. 4:3](#)). De ahí la falta de fuerza y eficacia en nuestras oraciones; –de ahí el formalismo, la rutina, e incluso la hipocresía positiva. El salmista dice: «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, El Señor no me habría escuchado» ([Sal. 66:18](#)). ¡Qué solemne es esto! Nuestro Dios quiere la realidad. Él mismo, bendito sea su santo nombre, es real con nosotros; y quiere que seamos reales con él. Quiere que nos presentemos ante él tal y como somos, y con nuestras verdaderas necesidades.

Pero, ¡cuántas veces no es así! Cuántas veces nuestras oraciones se parecen más a discursos que a peticiones; más a exposiciones de doctrinas que a expresiones de necesidad. A veces parece que nos proponemos exponer principios a Dios, y enseñarle muchas cosas. Esto es lo que con demasiada frecuencia ejerce una influencia tan seca en nuestras reuniones de oración, y les quita su frescor e interés. Aquellos que realmente saben lo que es la oración, que sienten su valor y su necesidad, vienen a la reunión de oración para orar, no para escuchar discursos, conferencias o explicaciones de hombres de rodillas. Si tienen necesidad de aprender, pueden asistir a las reuniones donde se estudia la Palabra de Dios, las instrucciones o la predicación; pero cuando van a la reunión de oración, es para orar. Para ellos, la reunión de oración es el lugar donde se expresan las necesidades y se espera la bendición, el lugar donde se confiesa la debilidad y se espera la fortaleza. Tal es su idea de donde suponían «que habría un lugar de oración» (comp. [Hec. 16:13](#)) y, por lo tanto, cuando se reúnen allí, no están dispuestos ni preparados para escuchar una larga predicación en forma de oración, apenas soportable si fuera una verdadera predicación, pero así intolerable.

Hablamos abiertamente porque sentimos la necesidad de realidad, sinceridad y verdad en nuestras reuniones de oración. A menudo sucede que lo que llamamos oración no es una oración en absoluto, sino la exposición profusa de ciertas verdades conocidas y recibidas, cuya repetición constante se vuelve muy dolorosa y fastidiosa. ¿Qué puede ser más penoso que escuchar a un hombre de rodillas exponiendo principios o desarrollando doctrinas? Es imposible no preguntarse: ¿Este hombre está hablando con Dios o con nosotros? Si es a Dios, seguramente nada puede ser más irrespetuoso que tratar de explicarle las cosas; si es a nosotros, entonces no es orar en absoluto, y cuanto antes dejemos la actitud de orar, mejor; el que así ora

estaría mejor de pie y nosotros estaríamos mejor sentados y escuchando.

Al hablar de la actitud, queremos llamar amorosamente la atención de los santos sobre un asunto que, a nuestro juicio, requiere una seria consideración; nos referimos a la costumbre de muchos de sentarse durante el santo y solemne ejercicio de la oración. Estamos bastante convencidos, y no hace falta decirlo, de que lo importante en la oración es tener el corazón en una disposición adecuada. Además, sabemos, y no queremos olvidarlo, que muchos de los que asisten a nuestras reuniones de oración son personas mayores, enfermas o delicadas, a las que les sería imposible arrodillarse durante algún tiempo, quizá incluso durante un momento. Además, a menudo ocurre que, incluso cuando no hay debilidad física y cuando habría un deseo real y sincero de arrodillarse sintiendo que esa es la actitud que nos conviene ante Dios, es imposible, por falta de espacio, cambiar de posición.

Hay que tener en cuenta todo esto. Pero, dejando un margen tan amplio como sea posible para estos casos particulares, nos vemos obligados a reconocer que a menudo hay una deplorable falta de reverencia en nuestras reuniones públicas de oración. A menudo vemos a hombres y mujeres jóvenes que no pueden alegar ni debilidad física ni falta de espacio, permanecer sentados durante toda la reunión de oración. Esto, debemos decir, es chocante e irreverente, y creemos que solo puede entristecer al Espíritu del Señor. Debemos arrodillarnos cuando podamos. Esta actitud expresa respeto y reverencia. El divino Maestro se arrodilló y oró (**Lucas 22:41**). Su apóstol hizo lo mismo, como leemos en **Hechos 20**, versículo 36: «Y dicho esto, se puso de rodillas y oró. 36: «Habiendo dicho esto, se puso de rodillas y oró con todos ellos».

[1]

[1] Véase también **2 Crónicas 6:13; Daniel 6:10; Esdras 9:5; Isaías 45:23; Hechos 9:40; 21:5; Romanos 14:11; Filipenses 2:10; Efesios 3:14; Apocalipsis 4:10; 5:8; etc.**

¿Y no es conveniente y adecuado hacerlo? ¿Puede haber algo más indecoroso que ver a la gente sentada en una asamblea, poniéndose cómoda, distraída, mientras se ofrece la oración? Consideramos que esto es bastante irreverente, y rogamos encarecidamente a todos los hijos de Dios que presten a este asunto su más seria atención, y que se esfuercen por todos los medios, ya sea con su consejo o con su ejemplo, en fomentar la piadosa y bíblica costumbre de arrodillarse para orar en nuestras asambleas. Los participantes en la reunión facilitarían todo esto en todos los sentidos con oraciones breves y fervientes. Pero ya hablaremos de este tema.

## 2 - De acuerdo. Nada de fatalismo. Tener necesidades

Consideraremos ahora, a la luz de las Sagradas Escrituras, las condiciones o atributos morales de la oración. Nada es más precioso que tener la autoridad de la Palabra de Dios para cada acto de nuestra vida cristiana práctica. La Escritura debe ser nuestro único, gran y supremo árbitro en todas nuestras dificultades; no lo olvidemos nunca.

¿Qué dice, pues, la Escritura en cuanto a las condiciones morales necesarias de la oración en común, que es el tema que nos ocupa especialmente? Léase [Mateo 18:19](#): «Otra vez os digo, que si dos de vosotros estáis de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidáis, les será concedido por mi Padre que está en los cielos».

Aprendemos aquí que una de las condiciones necesarias de la oración es el acuerdo unánime, el acuerdo del corazón, la perfecta unidad de sentimientos; cualquier nota discordante trae problemas. Si, por ejemplo, nos reunimos para orar por el progreso del Evangelio, por la conversión de las almas, debemos estar de acuerdo en este tema, debemos estar de acuerdo ante Dios. No debemos traer cada uno su propio pensamiento, de lo contrario no podemos esperar ser escuchados sobre la base de la palabra del Señor citada anteriormente. Este es un punto de inmensa importancia moral, y que influye mucho en el tono y el carácter de nuestras oraciones y reuniones de oración comunes. Probablemente no prestemos a este tema la suficiente atención. Pues, ¿no deploramos a menudo la falta de propósito de nuestras reuniones de oración, cuando deberíamos estar ocupados juntos con algún objeto común por el que imploramos al Señor? Leemos en el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, a propósito de los primeros discípulos: «Todos ellos unánimes se dedicaban asiduamente a la oración, con las mujeres, María la madre de Jesús y con los hermanos de él» (v. 14)[2]. Y en el segundo capítulo: «Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar» (v. 1). Esperaban, según el mandato del Señor, la promesa del Padre, el don del Espíritu Santo. Tenían la palabra segura de la promesa. El Consolador debía venir infaliblemente; pero esto, lejos de eximirlos de la oración, era la base misma de ese bendito ejercicio. Estaban en un mismo lugar, oraban de común acuerdo: esperaban el Espíritu prometido. Hombres y mujeres absortos en un objeto, esperaban en santo acuerdo, día tras día, con ardor, con fervor, para ser revestidos del poder de lo alto. ¿No deberíamos reunirnos, como ellos, en el mismo pensamiento?

[2] Es interesante ver a «María, la madre de Jesús» nombrada aquí como presente en la reunión de oración. ¿Qué habría pensado si alguien le hubiera dicho que más tarde millones de cristianos profesos le orarían?

Sin duda, bendito sea Dios, no tenemos que pedir la venida del Espíritu Santo, ya que ha sido derramado; pero tenemos que esperar el despliegue de su bendito poder en medio de nosotros. Supongamos que nos encontramos en un lugar donde reinan la muerte y las tinieblas espirituales, donde no hay ni un soplo de vida, ni una hoja que se mueva: el cielo parece de bronce, la tierra de hierro, un formalismo secante prevalece en todas partes; la rutina, una profesión impotente, la superstición están a la orden del día; nunca se oye hablar de tal cosa como la conversión. ¿Qué debemos hacer? ¿Debemos dejarnos paralizar o vencer por esta atmósfera malsana y mortal? ¡Claro que no! Entonces, ¿qué debemos hacer? Reunámonos, aunque solo seamos dos los que sentimos esta triste situación, y de común acuerdo derramemos nuestros corazones ante Dios, y esperemos en Él, hasta que envíe una abundante lluvia de bendiciones sobre el lugar seco.

No nos crucemos de brazos diciendo: “Todavía no ha llegado el momento”; no nos dejemos llevar por ese fatal razonamiento de cierta teología justamente llamada fatalista, que dice: “Dios es soberano; obra según su voluntad; debemos esperar su tiempo señalado; los esfuerzos humanos son inútiles; no podemos efectuar un reavivamiento; debemos tener cuidado de no provocar lo que sería una simple excitación”. Estos argumentos son aún más peligrosos porque tienen algo de plausible. De hecho, todo esto es muy cierto, en todos los aspectos; pero es solo una parte de la verdad. Es la verdad, y nada más que la verdad; pero no es toda la verdad. Ahí está el mal. Nada es más temible que considerar solo una parte de la verdad; es más fácil protegerse de un error positivo y palpable. Cuántas almas fervientes han tropezado y se han desviado completamente del camino correcto, porque han visto solo un lado de una verdad o han aplicado mal una verdad. Más de un siervo útil y devoto se ha visto afectado y expulsado del campo de trabajo, por la insistencia imprudente en la presentación de ciertas doctrinas que eran verdaderas en parte, pero no la verdad completa de Dios.

Sin embargo, nada puede perjudicar o debilitar la fuerza de la declaración del Señor en [Mateo 18:19](#). Se presenta en toda su plenitud divina, su gratuidad y su valor, ante el ojo de la fe; sus términos son claros y no están sujetos a malentendidos: «Si dos de vosotros estáis de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidáis, les será

concedido por mi Padre que está en los cielos». Este es nuestro principio y nuestra autorización para reunirnos a orar por cualquier cosa que se ponga ante nuestros corazones. Si deploramos la frialdad, la esterilidad y la muerte que nos rodean; si nos sentimos abatidos por el poco fruto aparente de la predicación del Evangelio, por la propia falta de poder en la predicación y la ausencia de resultados prácticos; si nos sentimos humillados por la esterilidad, la pesadez y el bajo tono de nuestras reuniones, en torno a la mesa del Señor, o ante el trono de la gracia, o en torno a la fuente refrescante de las Sagradas Escrituras, ¿qué haremos? ¿Nos cruzamos de brazos con una fría e incrédula indiferencia? ¿Nos desanimaremos, y daremos rienda suelta a la queja, a la murmuración, a la irritación quizás? ¡No, Dios no lo quiera! Pero reunámonos “con un solo acuerdo, en un solo lugar”, postrándonos ante nuestro Dios, y derramando nuestros corazones como el corazón de un solo hombre, ante él, confiando en la fiel palabra del Señor en [Mateo 18:19](#).

Ahí está el gran remedio, el recurso infalible. Sí, «Dios es soberano»; pero esta es la razón misma para esperarlo. No cabe duda de que los esfuerzos humanos son inútiles, y no podemos realizar un avivamiento; pero por esta misma razón debemos buscar el poder divino, y pedir a Dios que salve las almas. De nuevo, debemos temer lo que sería una mera excitación; pero la frialdad, la muerte, la indiferencia del egoísmo, ¿no debemos temerlas igualmente? Mientras Cristo esté a la diestra de Dios, mientras Dios, el Espíritu Santo, esté en medio de nosotros y en nuestros corazones, mientras tengamos la Palabra de Dios y la declaración de [Mateo 18:19](#), no hay excusa alguna para la esterilidad, la frialdad y la indiferencia, no hay excusa para las reuniones gravosas y sin provecho, no hay excusa para la falta de frescor en nuestras asambleas, o de bendición en nuestro servicio. Esperemos en Dios en santo acuerdo, y él seguramente bendecirá.

### **3 - La fe. Precisión, sin longura. Importunidad**

Si leemos [Mateo 21:22](#), encontramos otra condición esencial de la eficacia de la oración: «Y todo cuanto pidáis en la oración, creyendo, lo recibiréis». Esta es una palabra verdaderamente maravillosa. Abre a la fe los mismos tesoros del cielo. No pone límites. Nuestro divino Señor nos asegura que recibiremos todo lo que pidamos con simple fe. El apóstol Santiago, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos da una seguridad similar respecto a la petición de quien pide sabiduría: «Y si a cualquiera de vosotros le falta sabiduría, pídale al que la da generosamente y sin reproche, a

Dios, y le será dada. Pero» –y esta es la condición moral– «pida con fe, sin ninguna duda; porque el que duda es como la ola del mar, llevada por el viento y zarandeada. ¡No piense, pues, tal hombre que recibirá cosa alguna del Señor» (Sant. 1:5-7).

De estos dos pasajes aprendemos que, para que nuestras oraciones sean atendidas, deben ser oraciones de fe. Una cosa es orar, y otra muy distinta es orar con simple fe, con la plena, pura y firme seguridad de que tendremos las cosas que pedimos. Es de temer que muchas de nuestras supuestas oraciones nunca lleguen más allá del techo de la habitación en la que nos encontramos. Para llegar al trono de Dios, nuestras oraciones deben ser llevadas en las alas de la fe; y cuando oramos juntos, deben venir de corazones de una sola mente, de una sola alma, en una santa expectativa de fe en cuanto a las cosas que pedimos.

¿No son nuestras oraciones y nuestras reuniones de oración tristemente defectuosas en este sentido? Y este defecto Dios lo pone de manifiesto por el hecho de que a menudo vemos tan poco resultado de nuestras oraciones. Consideremos seriamente hasta qué punto entendemos realmente estas dos condiciones de la oración, es decir, el acuerdo y la confianza de la fe. Si es cierto –y sabemos que lo es, ya que Cristo lo dijo– que dos personas, poniéndose de acuerdo para pedir con fe, pueden recibir cualquier cosa que pidan, ¿por qué entonces no vemos más respuestas a nuestras oraciones? ¿No es nuestra culpa? ¿No nos falta tanto acuerdo como confianza?

El Señor, en las preciosas palabras que leemos en [Mateo 18:19](#), se reduce al número más pequeño, a la reunión más pequeña, incluso a «dos», aunque obviamente la promesa se aplica a cualquier número de personas. Lo importante es que los reunidos, por muy numerosos que sean, estén totalmente de acuerdo y convencidos de que van a recibir lo que piden. Esto daría un tono y un carácter diferentes a nuestras oraciones y reuniones de oración comunes, que, por desgracia, son tan a menudo pobres, frías, muertas, sin objeto ni conexión, y que muestran cualquier cosa menos un acuerdo sincero y una fe sin incertidumbre.

Qué diferencia, si nuestras reuniones de oración fueran más bien el resultado de un verdadero acuerdo de corazón y de pensamiento por parte de dos o más almas creyentes, que esperan a Dios para una cosa determinada, y que se reúnen para pedirselo a Dios, y para perseverar en la oración hasta recibir una respuesta. ¡Qué poco vemos de esto! Asistimos a la reunión de oración, semana tras semana, y es muy bueno que lo hagamos; pero ¿no debemos ejercitarnos ante Dios, para darnos cuenta de lo cerca que están nuestras almas de Él, para ponernos de acuerdo entre nosotros en cuanto al objeto u objetos que deben ponerse ante su trono? La res-

puesta a esta pregunta está relacionada con otra de las condiciones morales de la oración.

Leamos en **Lucas 11**: «Y les dijo: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, y acudirá a él a medianoche y le dirá: Amigo, préstame tres panes; porque un amigo mío ha llegado de viaje a mi casa, y no tengo qué ofrecerle; y aquel, respondiendo desde adentro, le dirá: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos están conmigo en la cama; no puedo levantarme y dártelos? Os digo que aunque no se levante a darle por ser su amigo, sin embargo, por su importunidad se levantará y le dará cuantos necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (v. 5-10).

Estas palabras son de suma importancia, ya que contienen parte de la respuesta del Señor a la petición de sus discípulos: «Señor, enséñanos a orar». Que nadie se imagine por un momento que nos atrevamos a enseñar a los demás a orar. ¡Dios no lo quiera! Nada más lejos de nuestros pensamientos. Buscamos simplemente poner a las almas de nuestros lectores en contacto directo con la palabra de Dios –las verdaderas palabras de nuestro divino Señor y Maestro– para que, a la luz de estas palabras, puedan juzgar por sí mismos si nuestras oraciones y nuestras reuniones de oración son lo que deben ser.

Entonces, ¿qué nos enseña **Lucas 11**? ¿Cuáles son las condiciones morales que nos revela este pasaje? En primer lugar, nos enseña a ser específicos en nuestras oraciones: «Amigo, préstame tres panes». Hay una necesidad positiva, sentida y expresada; una cosa en la mente y en el corazón; y el hombre se limita a esa única cosa. No hace una larga exposición de todo tipo de cosas con palabras inconexas e intrascendentes; su petición es clara, directa y positiva. Necesito tres panes; no puedo prescindir de ellos; debo tenerlos; el caso es urgente; la hora es tardía; todas las circunstancias hacen más urgente la llamada. El hombre no puede renunciar a lo que ha venido a buscar: «Amigo, préstame tres panes».

Sin duda, parece que es un momento muy desafortunado para venir, «¡medianoche!». Todo está hecho para desanimarlo: el amigo se ha acostado, la puerta está cerrada, sus hijos están en la cama con él, no puede levantarse; pero no importa, la necesidad está ahí. El otro necesita tres panes.

Aquí hay una gran lección práctica. Con demasiada frecuencia, nuestras reuniones de oración se ven afectadas por oraciones largas, incoherentes e improductivas. Usamos muchas palabras para cosas que no sentimos realmente la necesidad y no

esperamos recibir en absoluto. ¿No nos sorprendería a veces que el Señor se nos apareciera al final de la reunión de oración y nos preguntara: “¿Qué es lo que realmente querías que hiciera por ti?”

Todo esto requiere una seria consideración por nuestra parte. Nuestras oraciones y reuniones de oración ganarían ciertamente mucho en frescor, profundidad, realidad y poder, si trajéramos a ellas necesidades específicas por las que pudiéramos pedir la comunión de nuestros hermanos. No es necesario hacer largas oraciones sobre todo tipo de cosas, por muy sinceros y bien intencionados que seamos: el espíritu se pierde en la multiplicidad de temas. Cuánto mejor es llevar ante el trono de la gracia solo lo que realmente pesa en el corazón, pedirlo con seriedad, y luego hacer una pausa, para que el Espíritu Santo pueda guiar a otros de la misma manera, a orar por lo mismo, o por alguna otra cosa igualmente positiva.

Las largas oraciones en nuestras reuniones son extremadamente agotadoras, y realmente, en muchos casos, son una calamidad positiva. Se nos puede decir que no podemos fijar un tiempo para el Espíritu Santo: ¡lejos de nosotros el pensar en algo tan terrible! ¿Pero cómo es que nunca encontramos oraciones largas en las Escrituras? La oración más maravillosa que jamás se haya pronunciado en el mundo puede leerse despacio, con calma y con fuerza, en menos de cinco minutos (véase [Juan 17](#)). Y en cuanto a la oración que el Señor enseña a sus discípulos, es mucho más breve aún. Véase también la enérgica oración que encontramos en el capítulo 4 de los Hechos, versículos 24-30, y esas dos maravillosas oraciones del apóstol que leemos en los capítulos 1 y 3 de los Efesios.

¿Alguien se imagina que queremos dirigir al Espíritu Santo? Seguimos gritando: “¡Lejos de nosotros!” Simplemente estamos comparando lo que encontramos en las Escrituras con lo que demasiado a menudo –no siempre, gracias a Dios– encontramos en nuestras reuniones en relación con la oración.

No olvidemos, pues, esto: que el Señor no quiere que usemos vanas repeticiones, imaginando que se nos responderá hablando mucho. Habla de este tipo de oraciones en términos de alta desaprobación. Podemos añadir también que, durante muchos años, siempre hemos observado que las oraciones de los hermanos más piadosos, espirituales y experimentados se caracterizaban por su brevedad, sencillez y precisión. Esto es bueno y provechoso, y según la Escritura; contribuye a la edificación, al consuelo y a la bendición. Las oraciones cortas, fervientes y precisas aportan frescor e interés a las reuniones de oración; en cambio, como principio general, las oraciones largas y farragosas ejercen la influencia más abrumadora sobre todos.

Pero la enseñanza del Señor en [Lucas 11](#), contiene otro rasgo moral importante de la verdadera oración: es la importunidad. Jesús nos dice que el hombre que acudió a su amigo logra obtener lo que desea, simplemente por su celo importuno. No quiere oír hablar de dejarlo para otro momento: necesita los tres panes. La importunidad tiene éxito donde los derechos de la amistad quedaron sin efecto. Surgió una necesidad, el hombre no tenía nada para satisfacerla: “No tengo nada que presentar a mi amigo”; y no quiere incurrir en un rechazo.

¿Hasta dónde entendemos esta gran lección? No es, bendito sea Dios, que nos vaya a responder «desde adentro». Nunca nos dirá: «No me molestes»; «No puedo levantarme y dártelos». Él es siempre nuestro «amigo» fiel y dispuesto, un dador que da con alegría, generosidad y sin reproche. Sin embargo, él anima a la importunidad, y debemos recordarlo en nuestras oraciones. Allí donde se sienten las necesidades –«los tres panes»– suele haber también importunidad y una firme intención de conseguir lo que se pide. Pero con demasiada frecuencia, en nuestras oraciones y reuniones de oración, no somos como las personas que piden lo que necesitan y esperan lo que han pedido: estamos sin energía, sin propósito, sin poder, y en lugar de presentar nuestras fervientes peticiones a Dios, volvemos a caer en la enseñanza o en el compañerismo. Estamos convencidos de que la Iglesia de Dios necesita un despertar en este sentido, y es esta convicción la que nos ha llevado a presentar estas ideas y reflexiones.

## **4. Fervor (renacimiento). La perseverancia. Orar siempre y no cansarse**

Cuanto más meditamos sobre el tema que acaba de atraer nuestra atención, y consideramos el estado de toda la Iglesia de Dios, más nos convencemos de la urgente necesidad de un verdadero renacimiento, en todos los lugares, en lo que respecta a la oración. Hemos intentado presentar a nuestros lectores algunas reflexiones y consejos sobre este punto tan importante. Hemos hablado en términos claros; hemos señalado nuestra falta de acuerdo, de confianza, de perseverancia en nuestras oraciones y en nuestras reuniones de oración; hemos hablado de muchas cosas que sienten todos los que son verdaderamente espirituales entre nosotros. Hemos hablado de oraciones largas, cansadas e insatisfactorias, destructoras del verdadero poder y la bendición. En algunos casos, queridos hijos de Dios se han alejado así de las reuniones de oración; en lugar de ser refrescados, alentados y fortalecidos,

solo estaban cansados, angustiados y agobiados, y pensaron que era mejor que se fueran, creyendo que una hora de quietud les era más provechosa en la intimidad de sus habitaciones, donde podían derramar sus corazones ante Dios en ferviente oración y súplica.

Estamos muy convencidos de que quienes lo hacen se equivocan, y que no es en absoluto la forma de remediar el mal del que nos quejamos. Si es bueno reunirse para orar y suplicar –¿y quién puede dudarlo?– entonces ciertamente no es bueno que nadie se aleje de estas reuniones solo por la debilidad y las faltas de algunos de los que pueden actuar en ellas. Si todos los miembros verdaderamente espirituales se alejaran por esas razones, ¿qué sería de nuestras oraciones y reuniones de oración? No nos damos cuenta de la importancia de los elementos que componen una reunión. Aquellos cuyas voces quizás nunca se escuchan, si participan con buen espíritu, esperando realmente a Dios, sostendrán maravillosamente el tono y mantendrán la bendición.

Recordemos, además, que al asistir a una reunión no hemos de pensar solo en nuestro propio beneficio y estímulo, sino en la gloria del Señor; hemos de procurar ser guiados por su mente y su santa voluntad, procurando no ocuparnos solo de nosotros mismos, sino también del bien de los demás; y, estamos convencidos, nuestro alejamiento voluntario del lugar «donde se acostumbra a orar», no traerá este resultado, ni será provechoso para nadie. Hablamos –repetimos con intención– de nuestro alejamiento voluntario y deliberado del lugar de oración, bajo el pretexto de que no encontramos ningún beneficio en lo que sucede en esta reunión. Hay muchas cosas que pueden impedirnos asistir: mala salud, obligaciones familiares, otros deberes si estamos al servicio de los demás. Todo esto debe ser considerado; pero, como regla general, quien puede ausentarse voluntariamente de las reuniones de los santos, está en un mal estado de ánimo. El alma que está en buen estado, un alma piadosa, ferviente y feliz, no lo hará.

Todo lo anterior nos lleva naturalmente a otra de esas condiciones morales de la oración, que nos ocupa aquí. Leamos **Lucas 18:1-8**: «Les contó una parábola para mostrarles la necesidad de orar siempre y no desanimarse diciendo: Había un juez en una ciudad que no temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda que venía muchas veces a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Él se negó por algún tiempo; pero después se dijo: Aunque no temo a Dios, ni respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me molesta, le haré justicia; no sea que viniendo continuamente, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a él día

y noche? ¿Tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia».

Aquí se llama la atención sobre la importante condición de la perseverancia en la oración. Debían «orar siempre y no desmayarse». Hemos visto que nuestras peticiones deben ser la expresión de una necesidad sentida y definida, presentada a Dios con un acuerdo, con oportunidad, con fe y persistencia, hasta que, en su gracia, Dios nos envíe una respuesta, como ciertamente lo hará si la base moral y las condiciones se mantienen adecuadamente. Pero debemos perseverar. No debemos cansarnos, ni dejar de pedir, aunque la respuesta no nos llegue tan pronto como podríamos esperar. Puede que Dios quiera ejercitar nuestras almas haciéndonos esperar durante días, meses, quizás años. Este ejercicio es bueno. Es conforme a los caminos de Dios; es moralmente saludable. Ayuda a hacer las cosas más reales; nos lleva a su raíz. Véase, por ejemplo, Daniel: permaneció «tres semanas enteras» de luto, sin comer, esperando a Dios en un profundo ejercicio del alma: «En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me unguí con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas» (10:2-3).

Este tiempo de separación y espera fue bueno para Daniel; recibió una profunda bendición de los ejercicios por los que fue llamado a pasar durante estas tres semanas. Y lo que es particularmente digno de mención es que la respuesta a su clamor había sido enviada desde el trono de Dios desde el mismo comienzo de su ejercicio, como leemos en los versículos 12-14: «Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido». (¡qué maravilloso y misterioso es esto!) «Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días». Aquí abajo, el amado siervo de Dios estaba de luto y afligido, esperando a Dios. El mensajero angélico vino con la respuesta; se permitió que el enemigo lo detuviera; pero Daniel siguió esperando; oró y no se cansó; y en el momento oportuno, llegó la respuesta. ¿No hay ninguna lección para nosotros en esto? Puede que también nosotros tengamos que esperar mucho tiempo, con la paciencia y la santa confianza de la fe; pero encontraremos que este tiempo de espera es sumamente provechoso para nuestras almas. Muy a menudo nuestro Dios, en su sabiduría y fidelidad, hace lo mismo con nosotros; considera oportuno retrasar la respuesta, simplemente para probarnos en cuanto a la realidad de nuestras oraciones. El gran punto para nosotros es que tene-

mos un tema puesto en nuestro corazón por el Espíritu Santo y que lo presentamos a Dios, esperando de él y de su palabra fiel, perseverando en la oración hasta obtener lo que pedimos. «Orando en el Espíritu mediante toda oración y petición, en todo momento, y velando para ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (Efe. 6:18).

Todo esto requiere nuestra más seria atención. Nos falta perseverancia tan tristemente como nos falta precisión e oportunidad en nuestras oraciones. De ahí la frecuente debilidad y frialdad de nuestras reuniones de oración, que a veces no son más que una cansina rutina, una sucesión de himnos y oraciones sin unción ni fuerza. Debemos poder hablar sin reservas. Rogamos a toda la Iglesia de Dios en todo el mundo, que mire a Dios y que juzgue este asunto ante él. ¿No sentimos la falta de poder en nuestras reuniones públicas? ¿Por qué estas temporadas de esterilidad alrededor de la mesa del Señor? ¿Por qué esta pesadez, esta debilidad en la celebración de esta preciosa fiesta, que debería remover nuestro hombre interior hasta el fondo? ¿Por qué la falta de unción, de poder, de edificación en nuestra predicación? ¿Por qué las necias especulaciones y las vanas preguntas, planteadas y difundidas tantas veces durante tantos años? ¿Por qué todas esas miserias de las que hemos hablado, y por las que todos los que son verdaderamente espirituales se han lamentado en todas partes? ¿Por qué la esterilidad de nuestro servicio en la evangelización? ¿Por qué la poca acción de la Palabra en nuestras almas? ¿Por qué el poco poder de convocatoria?

Amados hermanos en el Señor, despertemos y consideremos seriamente este importante tema. No nos conformemos con el estado actual de las cosas. Imploramos a todos los que reconocen la verdad de lo que hemos expuesto en estas páginas sobre la oración y las reuniones de oración, que unan sus corazones en ferviente oración y súplica. Procuremos reunirnos según Dios, acercarnos a él como un solo hombre, inclinándonos ante el trono de las misericordias, y esperando en Dios con perseverancia el reavivamiento de su obra, el progreso de su Evangelio, la reunión y la edificación de sus santos. Que nuestras reuniones sean verdaderamente reuniones de oración, y no una ocasión para vanas repeticiones y una excusa para señalar nuestros himnos favoritos y cantar las melodías que nos agradan. La reunión de oración debe ser el lugar donde se expresan las necesidades y se espera la bendición; el lugar donde se expone la debilidad y se espera la fortaleza; el lugar donde los hijos de Dios se reúnen de común acuerdo para acercarse al mismísimo trono de Dios, para entrar en el mismísimo tesoro del cielo y sacar todo lo que necesitamos para nosotros mismos, para nuestros hogares, para toda la Iglesia de Cristo y para

la cosecha del Señor.

Así debería ser una reunión de oración, si somos guiados por las Escrituras. Que lo hagamos más en todos los lugares. Que el Espíritu Santo nos estimule a todos y nos haga sentir el valor, la importancia y la necesidad urgente de la unanimidad, la confianza, la realidad, la importunidad y la perseverancia, en todas nuestras oraciones y reuniones de oración.